



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS  
MOHICANOS DE PARÍS.

---

CAPÍTULO IV.

LOS PERIÓDICOS OFICIALES

Hemos hecho un bosquejo de las escenas que representaba la policía de Mr. Delavau el 30 de Marzo del año de gracia de 1827.

¿ De qué provenía este escándalo ? ¿Cuál era la causa de aquella extraña profanación, cometida con los restos del noble duque ?

Para nadie era desconocida.

El Ministerio no podía perdonar á Mr. de Laroche foucauld la sinceridad de sus opiniones.

¡ Un Laroche foucauld pertenecer á la oposición y votar con ella !

En verdad que esto era un crimen de lesa majestad, y el ministerio no debía descuidarse en castigarlo.

Se olvidaba al Laroche foucauld de la Fronda. Es verdad que éste había sido castigado.

Primero con un arcabuzazo en el rostro, luego con una infidelidad del corazón.

En efecto, el ministerio había retirado poco á poco á Mr. de Larochefoucauld, al moderno, se entiende, todos los cargos gratuitos y relativos á obras de caridad que desempeñaba. Pero no contento con haberle herido durante su vida, quería herirle después de muerto, impidiendo al pueblo atestiguar su reconocimiento con un acto exterior, así como el respeto y cariño que le había inspirado la larga vida del duque, consagrada exclusivamente al bien material y moral.

La limosna y la instrucción.

Sabían todos bien de dónde provenía la orden, y en voz alta se nombraba á Mr. de Corbiere.

Veremos en la continuación de esta historia las terribles escenas de desorden, los motines abortados, promovidos por la policía de aquella época.

Por el momento, creemos las principales escenas de este día suficientes para dar una idea de la horrible confusión y de la sangrienta lucha á que dieron lugar los funerales del duque.

Digamos ahora las causas que habían hecho desbordar aquel torrente de hombres, mujeres y niños que acababa de separar á Domingo de Mr. Sarrantí.

En el momento en que el motín llegaba á su apogeo, en el instante en que los gritos de muerte, los juramentos de los hombres, los chillidos de las mujeres y el llanto de los chicos se hacía oír por todos lados, es decir, en el momento en que los soldados, calada la bayoneta y avanzando contra los estudiantes de Chalons, quisieron apoderarse del féretro; de pronto, un grito penetrante, seguido de un rumor siniestro, resonó lúgubrememente, grito y ruido que hicieron

cesar en el acto, y como por milagro, todos los gritos y ruidos de aquel océano humano.

Hubo un instante de terrible silencio.

Se hubiera dicho que la vida acababa de escaparse de todos los pechos.

Este grito había salido de las ventanas colocadas á modo de palco en el teatro donde se representaba aquel drama sacrilego.

Este grito lo había lanzado la gente al ver á uno de los jóvenes que llevaban el féretro, herido por la bayoneta de un soldado.

Aquel ruido siniestro que se había oído, era el ruido sordo y lúgubre del ataúd del duque, que en la lucha, arrastrado por un lado por los soldados, arrastrado por otro por los estudiantes, había caído pesadamente sobre el empedrado de la calle.

En el momento, como si hubiera caído un rayo en medio de ellos, los espectadores de esta espantosa escena se separaron, presa de un indecible terror, dejando solos, en el inmenso vacío que hacían al retirarse, á los jóvenes consternados.

Este movimiento, mal interpretado por los que sintieron el sacudimiento sin conocer la causa, fué lo que ocasionó aquella avalancha, que se precipitó por todas las calles adyacentes, y particularmente por la de Mondovi. Uno de los jóvenes estaba tendido en el suelo al lado del féretro.

Había recibido un bayonetazo en el costado.

Sus compañeros le levantaron en brazos y lo llevaron consigo.

Se les podía seguir fácilmente por la sangrienta huella que iba dejando en pos de sí el herido.

El oficial, el comisario de policía y los soldados quedaron dueños del campo.

La ley triunfaba, como había dicho Salvador, que siempre en el mismo sitio contenía con un brazo á Justino, con el otro á Juan Robert, al mismo tiempo que decía á Petrus y á Ludovico:

— Por el cielo, estaos quietos.

Los soldados, abatidos y avergonzados, se acercaron al féretro medio roto, y recogieron el manto y las insignias del difunto, cubiertas de barro y esparcidas por medio de la calle.

Hemos dicho que después de aquel grito formidable, inmenso, mortal; después de ese primer movimiento, que precipitó una porción de gente en todas direcciones por donde creyó que podía escapar, sucedió un silencio mortal, silencio sublime, más enérgico que todos los gritos é imprecaciones.

En efecto, la más alta protesta, la más enérgica defensa, la más terrible indignación no hubieran contenido más amargos reproches, más sangrientas amenazas, que la actitud recogida y respetuosa de la muchedumbre, frente á frente del cadáver, que aquella reprobación muda y silenciosa en presencia de sus profanadores.

En medio de este silencio, el autor del sacrilegio, el hombre negro, el comisario de policía se lanzó en medio del círculo, hizo seña á los sepultureros para que se acercasen, mandó colocar el ataúd sobre el carro, y ordenó al oficial con imperativo gesto que le prestara ayuda en caso necesario.

Pero de pronto el comisario y el oficial se pusieron lívidos, y su rostro se cubrió de frío sudor al ver, á través de las rejas del destrozado ataúd, tendido hacia ellos como

una amenaza sepulcral, uno de los descarnados brazos del cadáver, que separado del cuerpo, parecía iba á caer sobre el empedrado.

Digamos para aquellos que tratasen de acusarnos de describir semejantes horrores á sangre fría, que resultó de la sumaria formada á consecuencia de este escandaloso acontecimiento, que cuando el féretro del duque de Larochefoucauld fué conducido á Liancourt, sitio destinado para panteón de la familia de Larochefoucauld, fué preciso pasar una parte de la noche que precedió á la inhumación, no sólo en reparar el ataúd, que estaba, como hemos dicho, medio roto, sino también en restablecer en su posición natural los miembros que se habían separado del cuerpo (1).

Apresurémonos á decir, para no volver á hablar más de este triste asunto, que la indignación popular lanzó un grito unánime en toda la Francia.

Todos los periódicos de la oposición dieron cuenta de esta horrible escena, con toda la cólera y el desprecio que merecía tan odiosa profanación.

En ambas [Cámaras resonó el eco de este grito universal.

La Cámara de los Pares sobre todo, herida en uno de sus miembros, no se limitó á declamar enérgicamente contra aquella violencia sacrilega, ejecutada con el cadáver de un hombre, cuyo solo crimen era el de haber votado contra el gobierno.

Encargó, pues, á su gran refrendatario de formar sumaria de los hechos, y cuando el alto dignatario comunicó

(1) Aquiles de Vaulabelle, *Historia de las dos Restauraciones*, tomo VI, capítulo VII.

á la Cámara el resultado de sus trabajos, acusó altamente á la policía como autora voluntaria de este escándalo, escándalo tanto más punible, cuanto que en ocasiones semejantes, y particularmente en los funerales de Detille, de Beclard y de Mr. Emmerly, superior del seminario de San Sulpicio, la policía había autorizado el transporte á brazo, por sus amigos y discípulos, de sus restos. El féretro de Mr. Emmerly, entre otros, había sido llevado de esta manera, por los discípulos de su seminario, hasta el cementerio de Issy.

Mr. de Corbiere oyó todos estos reproches, y los acogió con la fría altivez que le era natural, y que á veces levantaba contra él en la Cámara terribles tempestades. Y no solamente no creyó deber dirigir una sola palabra dura al agente que, después de muerto, había ultrajado los restos de aquel á quien él había ultrajado durante su vida.

Hizo más.

Subió á la tribuna y respondió:

« Si los oradores que hemos oído se hubieran limitado á expresar su dolor y su sentimiento, hubiera respetado su dolor y guardado silencio. Pero, ¡todavía quejas contra la administración!... La conducta del prefecto de policía y sus agentes ha sido la que debía ser, y hubieran faltado á su deber y héchose dignos de castigo, á no obrar como han obrado. »

La Cámara dió gracias á su refrendatario por la sumaria instruida, y decidió que aguardaría la terminación de la causa que se estaba formando.

Añadamos ahora que ésta se concluyó sin dar ningún resultado.

Al mismo tiempo que los periódicos de oposición y los

independientes, manifestaban al siguiente día, en sus primeras columnas, la indignación de que eran fieles intérpretes, los periódicos del gobierno publicaban una nota, remitida evidentemente del ministerio ó de la prefectura, porque, aunque impresa en tres periódicos diferentes, no discrepaba nada ni en el fondo ni en la forma.

Hé aquí, sobre poco más ó menos, el texto de esta nota, cuyo objeto era echar la responsabilidad de los sucesos de la víspera sobre los *bonapartistas*:

« La hidra de la anarquía, que se creía muerta para siempre, vuelve á alzar su cabeza; la revolución que se creía apagada, renace de sus cenizas y llama á nuestras puertas. Avanza, armada entre las tinieblas, y la monarquía va de nuevo á encontrarse frente á frente de su eterno enemigo.

» Alerta, fieles servidores de S. M.; alerta, súbditos leales del altar y del trono; ¡ alerta! porque el trono y el altar se hallan amenazados.

» Los deplorables acontecimientos de ayer han dado lugar á escenas de violencias, á gritos amenazadores y sediciosos.

» Felizmente, el prefecto de policía tenía hacia veinticuatro horas en sus manos los hilos principales de la trama. Gracias al celo de este hábil funcionario, el complot ha fracasado, y aun espera haber desvanecido la tempestad que amenazaba, una vez más, hacer naufragar la nave del Estado.

» El jefe de esta vasta conspiración ha sido arrestado. Está en manos de la justicia, y los amigos del orden, los fieles vasallos de S. M. comprenderán cuán importante es esta captura, cuando sepan que el jefe del complot, que

tenía por objeto derrocar el actual orden de cosas, y colocar en el trono al duque de Reichstadt, no es otro que el célebre corso Sarranti, llegado há poco de la India, donde ha nacido esta conjuración.

» Estremece sólo el pensar en el peligro de que se ha visto amenazado el gobierno de S. M. Pero cederá su lugar el horror á la indignación, cuando se sepa á qué atenerse respecto á hombres, que después de haber servido al usurpador, sirven á su hijo; cuando se sepa que ese mismo Mr. Sarranti, que hace algunos días estaba oculto en Paris, es el mismo que desapareció de esta ciudad hace siete años, bajo el paso de una acusación de robo y asesinato.

» Los que hayan leído los periódicos de la época, se acordarán tal vez que la pequeña aldea de Viry-sur-Orge fué en el año 1820 teatro de un crimen espantoso.

» Uno de los hombres más considerados del cantón halló, al volver á su casa, forzada su caja, asesinada su mujer, robados dos niños, sobrinos suyos, y que había desaparecido el profesor de éstos.

» Este preceptor no era otro que M. Sarranti.

» Ha comenzado á instruirse la correspondiente sumaria. »

## CAPÍTULO V.

### COMUNIÓN DE LAS ALMAS.

La expresiva mirada dirigida por Mr. Sarranti, y algunas palabras pronunciadas por él en el momento de su

prisión, encargaban al pobre hijo la mayor reserva, la suprema discreción.

Una vez separado de su padre, Domingo se había lanzado en dirección ascendente por la calle de Rivoli.

Allí había encontrado un grupo agitado, tumultuoso, y había comprendido, que este grupo que se encaminaba hacia las Tullerías, tenía por centro á Mr. Sarranti. En consecuencia, había seguido, pero de lejos y con prudencia, como debia hacerlo, á causa de su traje, tan fácil de reconocer.

En efecto, Domingo, en esta época, era tal vez el único fraile dominico que habitaba en Paris.

En la esquina de la calle de San Nicasio, el grupo se detuvo, y desde la esquina de la plaza de las Pirámides, adonde había llegado Domingo, vió al que parecia jefe de los agentes, llamar un fiacre y hacer subir en él á Mr. Sarranti.

Siguió al fiacre, atravesó el Carrousel, tan rápidamente como se lo permitia su traje, y llegó al pretil de la verja de las Tullerías en el momento en que el fiacre daba la vuelta al Puente Nuevo.

Era evidente que el carruaje se dirigia á la prefectura de policia.

Fray Domingo, al ver desaparecer el fiacre en la esquina del pretil de las Lunetas, sintió toda la sangre de sus venas refluir hacia su corazón, y mil siniestros pensamientos cruzaron por su imaginación.

Volvió á entrar en su casa con el cuerpo destrozado y el alma loca, extraviada.

Dos dias y dos noches pasadas en la diligencia, las emociones tan encontradas del dia, la incertidumbre de las causas que motivaban el arresto de su padre, era más que

suficiente para destrozarse el cuerpo más robusto, para amilanar el alma más animosa.

Cuando llegó á su cuarto era ya de noche.

Arrojóse sobre el lecho sin tomar alimento, y trató de reconciliar el sueño para descansar algún tanto. Pero mil fantasmas revoloteaban alrededor de su cabecera, y al cabo de un cuarto de hora estaba otra vez en pie, paseando precipitadamente por la habitación, como si para dormir necesitara agotar el resto de su fuerza, ó mejor dicho, de la fiebre que le abrasaba.

La inquietud le hizo volver á salir. De noche, su traje perdido en la obscuridad, no le señalaba á la atención pública.

Encaminóse hacia la prefectura de policía, que parecía en cierto modo haberse tragado á su padre.

Antro semejante al en que se sumerge el buzo de Schiller, y del que, como el buzo, se sale espantado de los monstruos de todas clases que en él se han visto.

Sin embargo, no se aventuró á entrar en ella. Si se llegaba á saber que Sarranti era su padre, su nombre era una demencia.

Habiendo sido preso su padre bajo el nombre de Dubreuil, ¿no era mucho mejor dejarle sufrir bajo este falso nombre, que no denunciaba al obstinado y peligroso conspirador?

Domingo ignoraba todavía por qué causa su padre había vuelto á entrar en Francia; pero adivinaba que debía haberlo hecho por esa causa á la cual había consagrado su vida.

Esa causa era la del emperador, ó mejor dicho, una vez muerto éste, la de su hijo.

Durante dos horas, Domingo vagó alrededor de aquella

tumba de su padre, como una sombra, yendo de la calle Delfina á la plaza de Harlay, del pretil de las Lunetas á la plaza del Palacio de Justicia, sin esperanza de volver á ver al que buscaba, porque hubiera sido un milagro volcar el carruaje que le condujera del depósito á cualquiera otra prisión.

Pero este milagro Dios podía hacerlo, y Domingo, bueno, sencillo y grande, esperaba instintivamente en Dios.

Por esta vez, su esperanza se desvaneció. A medianoche volvió á su casa, se acostó, cerró los ojos, y rendido de fatiga acabó por dormirse.

Pero apenas se durmió, asaltáronle los más siniestros ensueños. La pesadilla, como un gigantesco mochuelo, revoloteó toda la noche alrededor de su cabeza, y cuando vino el día, se despertó: el sueño, en vez de reparar sus fuerzas, las había disminuido.

Se levantó, y una vez despierto, trató de coordinar las impresiones del sueño. Parecíale que en medio de aquel tempestuoso caos, había pasado un ángel puro y radiante.

Un joven había venido á él de rostro leal y apacible, le había tendido la mano, y en una lengua desconocida, pero que sin embargo comprendía, le había dicho:

— Apóyate en mí y yo te sostendré.

Su cara le era conocida. Sólo que, ¿dónde, en qué época, en qué circunstancias la había visto? ¿Este personaje era real, verdadero, ó no era más que uno de esos recuerdos vagos que parece conservamos de una vida anterior, y que no se nos revela más que por el relámpago de un sueño?

¿No era tal vez la encarnación de la esperanza, este sueño del hombre despierto?

Domingo, al tratar de ver claro en las tinieblas de su cerebro, se encaminó pensativo á sentarse junto á la ventana, en esa misma silla en que se había sentado la víspera, para mirar el cuadro de San Jacinto.

Entonces, la memoria de Carmelita y de Colombán cruzó por su imaginación, y al acordarse de sus dos amigos, se acordó también de Salvador.

Salvador era el ángel de aquella noche, era el bello joven de rostro apacible y leal, que siempre á su cabecera durante su sueño, había apartado de su lecho el espectro de la desesperación.

Entonces, la desoladora escena en medio de la cual se le había aparecido Salvador, reapareció toda entera ante su vista.

Veíase aún sentado en el pabellón de Colombán, en Bas-Meudón, recitando lentamente las oraciones mortuorias, en tanto que algunas lágrimas se desprendían de sus ojos.

De pronto entraron, con la cabeza descubierta y la frente inclinada, dos jóvenes en la estancia mortuoria.

Esos dos jóvenes eran Juan Robert y Salvador.

Salvador, al verle, había lanzado un grito de alegría, cuyo sentido íntimo no hubiera podido comprender, si Salvador, acercándosele, no le hubiese dicho con voz firme conmovida :

— Padre mío, sin que dudéis de ello, habéis salvado la vida al hombre que tenéis delante, y este hombre que después no ha vuelto á encontraros, que no ha vuelto á veros, os ha conservado un profundo reconocimiento. Ignoro si me habréis necesitado alguna vez, pero por lo más santo que exista ó haya existido, por ese cadáver que acaba de lanzar su último suspiro, os juro que la vida que os debo os pertenece enteramente.

Y Domingo le había respondido :

— Acepto, caballero, aun cuando ignoro cómo he podido haceros el servicio que me decis ; pero los hombres son hermanos y han venido al mundo para ayudarse los unos á los otros. Así, pues, cuando necesite de vos, os buscaré. Vuestro nombre y vuestras señas.

Se recordará que Salvador se había dirigido á la mesa de Colombán, había escrito allí su nombre y sus señas en un papel que entregó luego al monje, y que éste colocó entre las hojas de su breviario.

Dirigióse, pues, á su biblioteca, tomó el libro, y halló el papel en la misma página en que lo había colocado.

Entonces, como si aquello hubiera pasado en el mismo día, recordó el traje, la voz, las facciones, hasta los menores detalles de la persona de Salvador, y reconoció en él el joven de frente despejada y simpática sonrisa que había visto en sueños.

— Vamos, dijo, no hay que dudar, es una inspiración divina. Este hombre parecía estar en buenas relaciones, aunque ignoro el por qué, con uno de los jefes de la policía, el mismo con el que ayer le vi hablar junto á la iglesia de la Asunción. Por este agente podré saber qué causa ha motivado la prisión de mi padre. No hay que perder un momento. Corramos á casa de Mr. Salvador.

Y acabó apresuradamente de vestirse.

En el momento en que iba á salir, entró la portera con una taza de leche en una mano y un periódico en la otra.

Pero Domingo no tenía tiempo ni de leer el diario, ni de tomar el desayuno.

Encargó á la portera que lo dejase todo sobre la consola, que volvería dentro de una ó dos horas, pues en aquel momento tenía precisión de salir.

Bajó precipitadamente la escalera y llegó al cabo de diez minutos á la calle Macón, á la casa en que vivía Salvador.

Buscó en vano el aldabón ó la campanilla.

La puerta se abría durante el día con una especie de cadena que levantaba el pestillo. De noche la cadena se recogía por dentro y la puerta quedaba perfectamente cerrada.

Bien porque aun no hubiese salido nadie de la casa, bien porque la cadena, por cualquier accidente, hubiera quedado dentro, la puerta estaba cerrada.

Domingo se vió obligado á llamar con la mano, y después con una piedra que halló en la calle.

Acaso hubiera aún tenido que llamar largo rato, si la voz de Rolando no hubiese advertido á Salvador y á Fresolina, que les llegaba una visita inesperada.

Fresolina prestó atención.

— Es visita de amigo, dijo Salvador.

— ¿ En qué lo conocéis ?

— En los ladridos alegres y acariciadores del perro. Abre la ventana, Fresolina, y mira á ver quién es el amigo que viene á visitarnos.

Fresolina abrió la ventana y reconoció á fray Domingo, por haberle visto el día de la muerte de Colombán.

— Es el fraile, dijo.

— ¿ Qué fraile?... ¿ Fray Domingo ?

— Sí.

— ¡ Oh ! bien te decía yo que era un amigo, exclamó Salvador.

Y bajó rápidamente los escalones, precedido de Rolando, que se había lanzado por la escalera en cuanto vió abierta la puerta.

## CAPÍTULO VI.

### INFORMACIONES INÚTILES.

Salvador, con un gesto de respetuosa ternura, tendió sus manos á fray Domingo.

— ¡ Vos, padre mio ! exclamó.

— Sí, respondió gravemente el monje.

— ¡ Oh ! seáis bienvenido.

— ¿ Me reconocéis, pues ?

— ¿ No sois mi salvador ?

— Vos así me lo habéis dicho al menos, y esto en una situación demasiado dolorosa, para que necesite recordároslo.

— Y yo os lo repito ahora.

— ¿ Recordáis lo que añadisteis entonces ?

— Que si necesitabais de mí, mi vida entera estaba á vuestra disposición.

— Me he acordado de vuestras palabras, como veis, pues que necesito de vos, y estoy aquí.

Mientras cambiaban estas palabras, habían llegado á aquel pequeño comedor, adornado según un dibujo antiguo de Pompeya.

Salvador presentó una silla al monje, y haciendo una seña á Rolando, que husmeaba la ropa de Domingo, como si tratase de buscar en ella un dato sobre las circunstancias en que lo había visto, se sentó á su lado.

Rolando, alejado de la conversación por su dueño, fué á tenderse debajo de la mesa.

— Os escucho, padre mío, dijo Salvador.

El monje puso su mano pálida y afilada sobre la mano de Salvador.

Á pesar de su palidez estaba calenturienta.

— Un hombre, al que profesó una gran afección, dijo Domingo, llegado hace sólo algunos días á París, ha sido preso ayer junto á mí, en la calle de San Honorato, cerca de la iglesia de la Asunción, sin que pudiera socorrerle, pues me lo impedía el traje que visto.

Salvador se inclinó.

— Lo he visto, padre mío, y debo añadir en honor suyo, que se defendió vigorosamente.

Domingo se estremeció al oír este recuerdo.

— Sí, dijo, pero me temo que esa legítima defensa no le sea imputada como un crimen.

— Entonces, continuó Salvador mirando fijamente al fraile, ¿conocéis á ese hombre?

— ¡ Oh! ya os lo he dicho, le profesó un profundo cariño.

— ¿ Y de qué crimen se le acusa? preguntó Salvador.

— Eso es lo que ignoro, lo que deseo saber, y el servicio que vengo á pedir es, que me ayudéis á averiguar por qué causa ha sido preso.

— ¿ Y es eso todo lo que deseáis de mí, padre mío?

— Sí: os he visto ir á Meudón acompañado de un hombre, que me ha parecido ser uno de los jefes de la policía. Ayer os volví á ver hablando con ese hombre. He pensado que por él podríais tal vez averiguar el crimen de que mi... mi amigo ha sido acusado.

— ¿Cuál es el nombre de vuestro amigo, padre mío?

— Dubreuil.

— ¿ Su profesión?

— Es un antiguo militar, que creo vive de su fortuna.

— ¿ De dónde viene?

— De países lejanos; del Asia, creo.

— ¿ Entonces es un viajero?

— Sí, respondió Domingo bajando tristemente la cabeza.

¿ No somos todos viajeros?

— Voy á ponerme un gabán, y al momento soy con vos, padre. No quiero deteneros más tiempo, porque si he de creer á la tristeza que hay en vuestro semblante, debéis experimentar una violenta inquietud.

— ¡ Oh! muy violenta, respondió el monje.

Salvador, que estaba de blusa, pasó á la pieza inmediata, y á poco volvió vestido de gabán.

— Ahora, dijo, estoy á vuestras órdenes.

Fray Domingo se levantó con presteza, y ambos se encaminaron á la puerta.

Rolando levantó la cabeza y les siguió con su inteligente mirada, hasta que cerraron la puerta. Pero viendo que probablemente no le necesitaban, pues que no le hacían seña de que los acompañase, volvió á colocar su cabeza entre sus patas, contendándose con lanzar un profundo suspiro.

En la puerta de la calle ya, Domingo se detuvo.

— ¿ Adónde vamos? preguntó.

— Á la prefectura de policía.

— Me permitiréis que tome un fiacre, dijo el monje. Mi traje es fácil de conocer, y habría graves inconvenientes tal vez para mi amigo, en que supiesen que me ocupaba de él, por lo que creo que el tomar un carruaje es una precaución indispensable.

— Iba á proponéroslo, dijo Salvador.

Llamaron á un fiacre que pasaba, y ambos subieron á él.

Salvador se apeó junto al puente de San Miguel.

— Voy á esperaros junto á la esquina del pretil de la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois, dijo Domingo.

Salvador hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y el fiacre continuó andando por la calle de la Barillerie.

Salvador bajó por el pretil de los Plateros.

Mr. Jackal no estaba en la prefectura. Las escenas de la vispera habían conmovido á todo París. Temiase, ó más bien digamos que se esperaban algunos atropellos.

Todos los agentes de policía, con Mr. Jackal á la cabeza, estaban en campaña, y el portero ignoraba la hora en que aquél estaría de vuelta.

No había, pues, que esperarle: lo mejor era irlo á buscar.

Sea conocimiento profundo de Mr. Jackal, sea instinto de conspirador, Salvador sabía dónde encontrarlo.

Bajó el pretil, y volviendo á la derecha, echó por el Puente Nuevo.

Aun no había andado diez pasos, cuando tropezó con un carruaje.

Oyó el ruido que hacía una mano golpeando el cristal de la portezuela en señal de llamar.

Se paró.

El coche paró también.

— Subid, dijo una voz.

Salvador iba á excusarse, por la necesidad que tenía de ver á un amigo, cuando reconoció en el hombre que le invitaba al general Lafayette.

No dudó: subió y se sentó á su lado.

Volvió á rodar el carruaje; pero despacio.

— Sois Mr. Salvador, ¿no es cierto? preguntó el general.

— Sí, y he tenido ya dos veces el honor de encontrarme con vos, como delegado del grande Oriente.

— Eso es, os he reconocido, y hé aqui el por qué os he detenido. Sois jefe de logia, ¿no es verdad?

— Sí, general.

— ¿Cuántos hombres tenéis?

— No puedo deciroslo á punto fijo; pero tengo muchos.

— ¿Doscientos ó trescientos?

Salvador se sonrió.

— General, le dijo, el día en que me necesitéis, os prometo tres mil soldados.

El general miró á Salvador.

Salvador hizo un signo afirmativo con la cabeza.

Habia en el rostro de Salvador una expresión de tan leal confianza, que no era posible dudar de él.

— Cuantos más tengáis, más importante es que sepáis la noticia.

— ¿Cuál?

— El negocio de Viena ha fracasado.

— Ya lo temía, dijo Salvador. Por eso di orden á mis gentes ayer, de que no tomasen parte en el movimiento.

— Y habéis hecho bien: se quiere que á todo trance haya un motin.

— Lo sé.

— ¿Pero y vuestra gente?

— La orden dada para ayer, subsiste hoy. Ahora, general, me atrevería á preguntaros si la noticia que me anunciáis viene por conducto seguro.

— Lo sé por Mr. de Marande, á quien se lo ha dicho el duque de Orleans.

— ¿Y sin duda el príncipe habrá tenido algunos detalles?

— Detalles positivos. Ha llegado un correo ayer, con pretexto de negocios de comercio, enviado por la casa de Arustein y Eskeles, de Viena, á la casa de Rothschild de París, pero en realidad para prevenir al príncipe.

— Entonces el complot ha sido denunciado.

— Se ignora si ha abortado por una maquinación de la policía ó por uno de esos accidentes que mantienen ó cambian la faz de los imperios. ¿Sabéis lo que se había decidido allá abajo?

— Sí, uno de los jefes principales de la conjuración nos lo ha dicho. El duque de Reichstadt, por mediación de su querida, había sido puesto en relaciones con un antiguo servidór de Napoleón, el general Le Bastard de Premont. El joven príncipe había consentido en huir, y la fuga debía tener lugar cuando faltase una letra á la palabra *Kälpe*, escrita en letras de bronce sobre la puerta de una quinta, situada entre la puerta de Meidling y el principio del Monte Verde. Hé aquí todo lo que sé.

— Pues bien, el 24 de Marzo faltó la *e*.

Á las siete de la tarde el duque se embozó en su capa y salió. Llegado á la puerta de Meidling, un centinela, los centinelas del palacio de Schœnbrunn son gendarmes de la corte; un centinela le ha impedido la salida.

— Soy yo, ha dicho el príncipe, ¿no me conocéis?

— Sí, monseñor, respondió el centinela, saludando, pero...

— ¿Estaréis de guardia aquí dentro de dos horas?

— No, monseñor, son las siete y media, y á las nueve en punto me relevan.

— Pues bien, decid á vuestro sucesor que he salido, á fin de que si por casualidad no me conoce, me deje volver á entrar. Después de una animada aventura amorosa, no

tiene nada de grato el pasar la noche al sereno, en medio de un camino.

Al decir estas palabras, el príncipe deslizó en la mano del soldado cuatro monedas de oro.

— Lo partiréis con vuestro sucesor, le dijo; no sería justo que dé todo al que me deja salir y nada al que me ha de dejar entrar.

El soldado tomó las cuatro monedas, y el príncipe atravesó la verja.

Al pie del Monte Verde esperaba un carruaje con una escolta de cuatro hombres á caballo.

El duque subió al carruaje y éste partió al galope.

Los cuatro hombres le siguieron.

Uno de éstos era el general Le Bastard de Premont.

Debía hacer las tres primeras postas á caballo, después subir al carruaje con el duque, y continuar allí su camino.

Pasaron el castillo de Schœnbrunn y llegaron por Baumgarten y Hutteldorf á Weidlingen.

Hay allí un puente sobre el Vienne.

Sobre este puente había volcado un carro que llevaba terneras al mercado de Viena.

Las terneras estaban hacinadas é impedían el paso del camino.

— Despejad el camino, dijo el general á sus compañeros.

Éstos se apearon y pusieron manos á la obra.

Pero en el mismo instante se vió relucir el casco y las charreteras de un oficial superior que salía de la taberna; del general Houdón.

Detrás de él iban unos veinte hombres.

— Volved, dijo el general, al hombre disfrazado de postillón.

Éste, que conocía la urgencia de la situación, hacía

volar sus caballos, cuando se oyó el galope de una partida de caballería que llegaba por el mismo camino que habían traído.

— Huid, general, dijo el duque; nos han vendido.

— ¿Y vos, monseñor?

— Os digo que huyáis ó sois perdido, y si es preciso, os o mando en nombre de mi padre.

— De orden del emperador, deteneos, gritó una voz.

— Ya lo oís, dijo el duque; huid; os lo mando, os lo suplico.

— Vuestra mano, monseñor.

El duque alargó su mano por la portezuela, el general la besó, y hundiendo después las espuelas en el vientre de su caballo y soltándole las riendas, se lanzó por encima del pretil del puente.

Oyóse el ruido de caballo y jinete al caer en el río, y después nada.

La noche era demasiado oscura para que se pudiera saber lo que había sido de ellos.

El duque fué conducido á Viena, al palacio del emperador.

— ¿Y pensáis, preguntó Salvador, que fué una simple casualidad lo que hizo volcar el carro y lo que llevó allá á esos soldados?

— Es posible; pero no es ese el parecer del duque de Orleans. Cree que la policía de Mr. de Metternich ha sido avisada por la policía francesa. Pero, en fin, ya estáis avisado... Prudencia.

El general hizo parar su carruaje.

— No tengáis cuidado, general, dijo Salvador.

Pero como dudase en bajar.

— ¿Y bien? le preguntó el general.

— ¿Me concederéis, al dejaros, el mismo favor que el duque de Reichstadt concedió al general Le Bastard de Premont?

Y tomó la mano del general para besársela.

Pero éste, retirando su mano y abriendo los brazos: Abrazadme, y besad en nombre mío la mano de la primera hermosa que encontréis.

Salvador abrazó al general y se apeó del carruaje, que continuó su camino hacia el Luxemburgo.

En cuanto á Salvador, volvió por la calle Delfina y el puente de las Artes.

El fiacre esperaba en la esquina del pretil y de la plaza de San Germán l'Auxerrois.

La angustia del pobre Domingo hubiera sido terrible, si el general Lafayette le hubiera contado á él lo que acababa de referir á Salvador.

## CAPÍTULO VII.

### INFORMACIONES INÚTILES (CONTINUACIÓN).

Salvador, en dos palabras, anunció la ausencia de Mr. Jackal á Domingo, y sin decirle lo que le había hecho entretenerse, le explicó la causa de su tardanza.

Ya hemos dicho que Salvador sabía dónde hallar á Mr. Jackal.

En efecto, sin vacilación ninguna mandó al fiacre que fuera á colocarse con Domingo en la esquina de la calle Nueva del Luxemburgo, y él tomó por el patio del Louvre